

Gemma Lienas



El diario violeta
de Carlota

DESTINO

El diario violeta de Carlota

GEMMA LIENAS

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© Gemma Lienas, 2001
gemmalienas@gemmalienas.com
www.gemmalienas.com
© Editorial Planeta, S. A., 2013, 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: abril de 2013
Primera edición en esta presentación: junio de 2019
ISBN: 978-84-08-21076-4
Depósito legal: B. 9.590-2019
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

8 de diciembre

«Pero ¿esto qué es?», pienso mientras desenvuelvo la magna cursilada que me ha regalado la abuela Isabel.

Bastante claro está que esto, ¡ESTO!, es un diario. Uno de esos cuadernos donde una puede escribir la vida, los pensamientos, las penas, las alegrías, los enamoramientos... Sabes a qué me refiero, ¿no?

«¡Alucina, Carlota!», me digo. La abuela Isabel, la madre de papá, siempre ha sido rarita. Nunca entiende que las cosas importantes para mí no son las mismas que para ella cuando tenía mi edad.

Total, venga a esperar con unas ganas locas mi cumpleaños y..., ¡zas!, el día que cumpla catorce años, en vez de regalarme el disco compacto por el que suspiro desde hace un mes, ella va y me trae esta horterada.

Estoy a punto de abrir la boca para soltar mi contundente opinión sobre este cuaderno acolchado, de plástico de color rosa, con una gran mancha violeta. En medio de esta salpicadura violeta, hay una cerradura pequeñita,

donde se puede meter la llavecita que cuelga del cordón pegado al lomo... ¡Qué cuco, qué íntimo!, hasta se puede cerrar con llave, para salvar de las miradas indiscretas lo que se escriba en su interior...

Mamá me lanza una de sus miradas fulminantes. Tiene mucha práctica; casi más que yo. Me trago las protestas. Las miradas fulminantes de mi madre son más efectivas que un puntapié en el culo.

—¡Qué guay! ¡Qué idea tan fantástica! —digo, muy diplomáticamente.

La abuela me sonrío, encantada de la vida y convencida de que ha acertado de lleno. Mamá me dirige otra de sus miradas. Ésta dice: «¡Carlota, no te pases de rosca!».

Me callo. ¿Qué otra cosa puedes hacer cuando tu madre se pone de parte de la abuela regaladora de cursiladas? Cojo un trozo del pastel de chocolate hecho por mamá, me lo como a toda velocidad y, después, desaparezco por el pasillo, camino de mi habitación. Aún puedo oír cómo mamá le dice a la abuela Isabel:

—Ya se sabe... Está entrando en la adolescencia. Una etapa difícil...

Me encierro en la habitación y me tumbo en la cama, dispuesta a olvidar que es el día de mi cumpleaños. Si te lo fastidian, te lo fastidian, y no hay nada que hacer. Entonces, llaman a la puerta. Segura de que es el pesado de Marcos, mi hermano de once años, grito:

—¡Déjame en paz, moscón!

La puerta se abre poquito a poco y asoma una mano que sostiene un pañuelo blanco.

—¡Bandera blanca! —dice la voz de la abuela Ana—. ¿Puedo entrar?

No contesto en seguida. Aunque con la abuela Ana me entiendo, no tengo ganas de hablar con nadie. Un cumpleaños aguado es peor que una pelea con tu mejor amiga, porque hay que esperar TODO UN AÑO para arreglarlo.

—¿No estás de humor, niña? —pregunta la abuela mientras abre completamente la puerta, entra y viene a sentarse a mi lado en la cama.

Le enseño el motivo de mi malhumor.

—¡Toma! ¡Un diario! —exclama la abuela, con la misma voz con la que podría haber dicho: «Qué pantalones pata-de-elefante más fascinantes».

—Uf, sí, un diario.

—Por tu cara de asco, me parece que no tienes intención alguna de usarlo, ¿verdad?

—¡Claro que no! ¿Qué te crees? ¿Que soy pequeña o mema?

—Ni pequeña ni mema. Te tengo por una chica muy espabilada.

—Y, sin embargo, ¿quieres que escriba mi diario?

—¿Y por qué no? Podrías... —la abuela coge el cuaderno y lo mira muy detenidamente—, podrías escribir sobre tus amores...

—¡Anda, abuela...!

—Mujer, no pongas esa cara. Lo digo por la tapa tan rosa... Claro que, con esta mancha violeta, se me ocurre que podrías hacer un diario feminista.

—¿Un qué? —La miro como si se hubiera vuelto loca.

—Sí, mujer. Podrías escribir todo lo que vieses a tu alrededor que fuera machista, es decir, cualquier situación o actitud de la vida pública o privada en que las mujeres son consideradas seres inferiores a los hombres.

—¿Y qué tiene que ver el color violeta con todo esto?

—El violeta es el símbolo del feminismo,* de las personas que luchan por conseguir que las mujeres tengan los mismos derechos que los hombres. Se tomó este color en memoria de unas obreras de Estados Unidos que, por defender sus derechos, murieron quemadas en una fábrica mientras cosían telas de color violeta.

—¡Anda ya, abuela! ¿No te parece que estás un poco gagá? Si hace ya un montón de tiempo que las mujeres han conseguido que se les reconozca la igualdad con los hombres...

—¿De verdad crees que el machismo* está superado?

Viendo la expresión de su cara, no estoy segura, pero asiento con la cabeza, porque me parece que ya no puedo echarme atrás.

—¡Ajá! —grita la abuela, con voz triunfante—. Eso es lo que tú crees, como mucha otra gente, y, sin embargo, no es así. Es verdad que, desde un punto de vista legal, se ha conseguido la igualdad, pero las costumbres continúan siendo machistas. Es más fácil cambiar las leyes que la mentalidad de la gente.

La abuela se me queda mirando. Después sacude la cabeza:

—Ya me doy cuenta de que no acabas de creerme. Tal vez te ocurre como a tantas y tantas personas que no advierten las desigualdades actuales porque son mucho más sutiles, menos visibles, que veinte años atrás. Hazme un favor, abre bien los ojos, observa si a tu alrededor hay situaciones de trato desigual hacia las mujeres y, si las hay, considera la posibilidad de escribir el diario violeta de Carlota.

—¿Y de qué me serviría un diario violeta?

—Pues... —la abuela se detiene unos segundos—, pues, para enseñarles las conclusiones a la gente de tu curso o para proponerle a vuestra tutora o tutor hacer un mural informativo o para enviarlo al Instituto de la Mujer o para...

—¿Más cosas aún? —pregunto, sorprendida.

La abuela pone cara de pilla.

—O, para cuando seas tan mayor como yo, dejárselo leer a tu nieta para que compruebe si ha nacido en un mundo más justo o todavía persisten las diferencias entre mujeres y hombres.

No contesto. No sé qué voy a hacer.

—Sólo trabajando podremos conseguir esa sociedad igualitaria. Por ello, es importante que escribas el diario —insiste la abuela.

Sin pedir permiso, Marcos entra en mi habitación:

—¡Felicidades, hermana galáctica! Mira qué regalo más chulo te traigo...

—¿Esto qué es? —pregunta la abuela arrugando la nariz y señalando una jaula pequeñita, de barrotes de alambre y base de madera.

—Un ratón blanco —dice Marcos.

—¡Oh! ¡Qué bien! —grito yo, encantada de la vida. ¡Qué idea tan buena ha tenido Marcos! Hay que reconocer que, a veces, el microbio usa las neuronas.

—¡Oh! ¡Qué asco! —exclama la abuela—. No quiero ni verlo y, sobre todo, no quiero olerlo: ¡apesta! No sé cómo has tenido esta idea de bombero retirado, Marcos. Ya veremos qué dirán papá y mamá.

La abuela, muy digna, se levanta de la cama y sale de la habitación. Marcos y yo nos quedamos contemplando la bolita de peluche blanco y ojos rojos. Se nos cae la baba.

9 de diciembre

¿Escribo un diario feminista o no? Ésa es la cuestión. Tal vez la abuela está llena de manías.

Eso es lo que pienso mientras, con la jaula de la ratita en las manos, voy hacia la habitación de Marcos. Como siempre, lo pillo echado en la cama, escuchando música a todo volumen.

—¡Maaaaaarcoooooooooos!

—¡Tía! —dice dando un bote—. ¿No puedes hablar en un tono normal, guapa?

—Puedo, claro, pero probablemente no me oirías con tantos instrumentos metidos en la habitación contigo. ¿Le ponemos un nombre o no?

—Ahora mismo.

Nos referimos a la ratita.

—Yo había pensado «Nata» —digo contemplando esa cosita tan blanca.

—¿«Nata»?

—Sí. ¿Por qué lo encuentras tan extraño?

—Porque «la» nata no le pega a «un» ratoncito. Yo había pensado «Azúcar»: «el» azúcar.

—No es un ratoncito sino una ratita —protesto.

—¡Un ratoncito! —contraataca.

—¡Una ratita!

Nos miramos con ganas de saltarnos a la yugular. Si no conseguimos ponernos de acuerdo ni siquiera en eso, ¿cómo vamos a encontrarle un nombre que nos guste a los dos?

Se me ocurre una idea brillante.

—¿Qué tal un nombre que sirva tanto para un ratoncito como para una ratita?

—OK. ¿Cuál?

—¿Te gustaría «Plaf»?

—¡Síiii!

Plaf nos mira sin saber que ya tiene nombre.

12 de diciembre

Hoy, a la hora de gimnasia toca trabajar con los aparatos: plinto, potro, barras... A mí me encanta el trabajo con aparatos y, además, se me da muy, muy bien. Un, dos, tres, ¡pataplám!, salto hacia arriba, doy una voltereta y caigo de pie por el otro extremo. ¡Una pasada...! A veces pienso que, de mayor, podría ser trapecista y trabajar en un circo... A Mireya, mi mejor amiga, también le encantan las clases de gimnasia.

En mi curso, hay gente a quien no le gustan demasiado los aparatos. Sobre todo, a Dani. ¡Uf! Cuando toca gimnasia o deporte, se caga y se va escondiendo por los rincones. No es demasiado hábil. Está un poco gordito y el culo le pesa. No se puede decir que coma como una lima, no; es que él es así. Además, no sabe saltar bien, ni jugar a la pelota... ¡Pero dibuja que te mueres...! Un día, hizo una caricatura de Comas, la profesora de lengua, y la colgamos en la pizarra. Incluso ella se reconoció y se meó de risa.

Total, que Dani es más bien negado para el deporte, pero dibuja muy bien. Y es muy simpático. Y explica historias de terror mejor que nadie, sobre todo, por las noches, cuando, a final de curso, vamos de campamentos con el colegio.

Todos hemos ido saltando el plinto y, al final, ya sólo queda él. Mira esa especie de caballo de madera con una mueca de miedo que no puede disimular. Parece que pien-

se: «Esto no es un plinto; esto es un tiranosaurio. ¿Cómo voy a lograr pasar por encima?».

—¡Vamos, Dani, que es para hoy! —grita el entrenador.

Dani lo mira con cara de víctima. Ésta es una cara que a mí me sale bastante bien, pero no tanto como a Dani. ¡Pobre Dani! Parece que diga: «¿Qué he hecho yo para merecer esta tortura?». Pero el entrenador se hace el loco:

—Venga, Dani, que saltes de una vez.

Dani empieza a correr. ¡Vale, que voy...! Y, al llegar delante del plinto, se para en seco.

Nueva mirada de víctima.

El entrenador, pasando de miradas torturadas.

Dani, que coge carrerilla otra vez. Y ¡jop!, pone las manos, salta y...

—¡Ay, ay, ay!

Se pega un trompazo contra el aparato y se queda sentado en el suelo. Por fuerza ha tenido que hacerse daño. Se nota. Su cara está muy roja y sus ojos, muy brillantes. Por las mejillas, le resbalan unas cuantas lágrimas.

—¡Pobre chaval! —me dice Mireya, dándome un codazo.

—Va, levanta. ¡Eres un nena!* —le insulta el entrenador.

¿Le insulta? Ser «una» nena no es ningún insulto, ¿no? Pero el entrenador ha dicho «un» nena, y ha sonado a insulto. Te lo aseguro, te lo aseguro. ¿Eso es machismo?

13 de diciembre

La abuela me lo confirma.

—Eso es machismo, corazón mío.

—¡Caramba! ¡Quién iba a decirlo de nuestro entrenador...! Si es muy joven y muy progre y muy moderno y muy guay...

—Y machista, como mucha gente. Tal vez, ni siquiera lo sabe...

—¿Estás segura?

—Segura. ¿No ves que el machismo se aprende? Todos los elementos machistas de la sociedad se nos van metiendo dentro del cerebro sin que nos demos cuenta. Precisamente, para ser conscientes, tenemos que ponernos unas gafas violeta* y mirarlo todo con unos ojos nuevos, con ojos feministas.* Sólo así podremos ver las discriminaciones que sufren las mujeres.

—Tienes razón. Así es como he mirado la escena del gimnasio. Si no me hubiera puesto las gafas violeta, no habría entendido que «ser un nena» es muy despectivo* hacia las niñas.

—Así pues, ¿te he convencido para que escribas tu diario violeta?

—Casi...

—Mira. Te propongo un juego... Más que un juego, una encuesta. Pregunta a gente de tu alrededor qué piensa del feminismo, y si creen que la sociedad ha dejado de ser machista. Después, observa sus propios comportamientos y compáralos con las respuestas.

Cuelgo el teléfono porque es la hora del entrenamiento de *Plaf*.

Marcos y yo estamos adiestrando a la ratita para que se levante apoyándose sobre las patas traseras. Marcos está decidido a conseguir, incluso, que dé más de tres saltos seguidos.

—¡Anda, enano! ¿No te estarás pasando?

—Mira...

Es verdad. Ya ha conseguido que dé dos.

¿Que cómo lo hacemos? Fácil: dándole trocitos de almendra cada vez que va aproximándose al objetivo, esto es, a lo que queremos que aprenda.

—¡Salta, *Plaf*, salta!

—¡Levántate, *Plaf*, levántate!

Como se pirra por los frutos secos, se aplica mucho.

14 de diciembre

Tal como le prometí, ayudo a Marcos a adornar el árbol. ¡Ojo, es un árbol de mentira! En casa somos muy ecológicos; no tenemos por costumbre cargarnos los abetos.

Nos lo pasamos pipa colgando adornos y bolas en las ramas. Mientras, la tele está puesta; oímos su murmullo de fondo, pero no la escuchamos.

Conseguimos poner el último adorno, una estrella de purpurina, en la cúspide del árbol sin haber hecho demasiados estropicios. Resultado final: tan sólo dos bolas rojas rotas, una guirnalda de luces fundida, un muñeco de nieve resquebrajado.

—Podría haber sido peor —comenta papá, cuando pasa a comprobar las bajas entre los ornamentos navideños.

Cuando papá desaparece, me saco del bolsillo del pantalón la sorpresa que he preparado para Marcos y la cuelgo del árbol.

—¡Eh, hermana galáctica! —me dice Marcos, con cara de éxtasis total—. ¡Qué idea tan buena!

—Sí, lo es, renacuajo —digo, satisfecha de mí misma, porque es una guirnalda muy original. «Marcos Tarra-das», dicen las letras de papel de plata que he recortado y que bajan verticalmente desde una rama del árbol.

Marcos me da un beso.

Me siento en el sofá a descansar.

—¿Una coca-cola? —me pregunta Marcos, guiñándome un ojo.

—¿Una coca? —le digo sin creérmelo. Mamá es una militante anticocas (según ella saben a desinfectante de váter), y no nos deja beber nunca.

—La convencí para que me dejara comprar unas cuantas ya que es Navidad.

—¡Estupendo, microbio!

Mientras el microbio corre a la cocina a buscar las latas, yo me acurruco en el sofá y veo la tele.

En la pantalla hay un señor muy vestido y muy elegante, y una señora, también elegante... pero poco vestida, la verdad. Ella lleva una especie de bañador diminuto, que a duras penas le tapa nada, unas medias de malla y unos zapatos de tacón muy alto. El hombre habla y la mujer escucha, asiente con la cabeza y sonrío. Parece mema. Cuando, por fin, el hombre la deja intervenir, ella se limita a repetir el número de teléfono al que tienen que llamar los telespectadores y que ya se encuentra sobreimpreso en la pantalla.

Oigo el timbre de nuestro teléfono, pero no me muevo. Por una vez, que conteste Marcos, ¿no?

Pienso en la señora del programa: ¡Qué papel tan penoso, la pobre! ¿Eso también debe de ser discriminación?*

—¡Foca asmática! —me grita Marcos, que, ¡sí!, ha contestado—. ¡Es Mireya!

Corro al teléfono.

15 de diciembre

Decido llamar a la abuela, después de enseñar algunos ejercicios acrobáticos a *Plaf*. Mientras voy hacia el teléfono, me pregunto si no podríamos resultar un buen número de circo *Plaf* y yo juntas.

—Claro que este concurso establece una discriminación, como tantos otros de la tele —me responde la abuela—. ¿Quieres que te explique un sistema para saber cuándo una situación es discriminatoria para la mujer?

—¡Sí!

—Tienes que aplicar la regla de la inversión.

—¿La qué?

—La regla de la inversión, es decir, darle la vuelta a la frase o a la situación. Allí donde está el hombre, poner a la mujer, y al revés.

—Por ejemplo, ¿imaginar me la caja tonta con una señora vestida y hablando correctamente, y un señor en slip y repitiendo burradas o cosas sin importancia?

—Eso mismo.

—Pues ya se ve que los concursos de la tele, con señoras medio desnudas y en plan loro, son discriminatorios.

—Exactamente.

—Muy bien. Tengo que dejarte, abuela. —Cuelgo y, a toda pastilla, voy a ver qué demonios le pasa a Marcos, que grita como si le estuvieran arrancando la cabellera.

—¡Se ha escapado!

—¿Quién? ¿Qué? —pregunto, llegando nerviosa a la cocina.

—¿Quién quieres que sea? *Plaf*.

—¡Jolín! Pero ¿cómo ha podido ocurrir?

—Se me ha escapado a mí —dice Matilde, que entonces

entra en la cocina. Mete la fregona en el cubo y se vuelve hacia nosotros con la mirada desafiante—. Y no quiero ni oírlos. Si hubieseis limpiado su jaula y hubieseis cambiado los algodones, no habría apestado de ese modo y no habría tenido que hacerlo yo. De manera que ¡andando!

Su gesto es tan elocuente, que no vale la pena añadir nada. Sale de la cocina con aires de princesa. Esos aires los copia de mí; cuando me enfado, tengo una especial habilidad para poner cara de princesa altiva.

16 de diciembre

—¡Espero que lo encontréis! —han gritado mamá y papá, cada uno por su lado, pero con la misma voz de trueno y la misma cara de enfadados.

—¡Esperamos encontrarlo! —nos decimos Marcos y yo, con la misma tristeza entre pecho y espalda.

Registramos la casa sin olvidarnos de ningún rincón. Al menos, eso es lo que nos parece. Cuando acabamos, tenemos que admitir la desaparición de *Plaf*.

—No puede haberse disuelto en el aire —digo—. Puede que se haya escapado por la escalera y esté en algún piso del vecindario.

Nos repartimos los pisos de la escalera para intentar encontrar a la ratita. Yo subo a casa de Laura.

Laura es una vecina que nos hacía de canguro a Marcos y a mí cuando éramos pequeños. Tiene veintitrés años y está acabando Económicas en la universidad. Como su hermano gemelo, Toni. Se parecen tanto, que incluso han elegido la misma carrera. Eso sí, Laura siempre ha sido mucho más estudiosa que Toni. Cuando venía a casa las noches en que papá y mamá salían al cine o a cenar, ella,

después de meternos en la cama, aprovechaba el rato para empollar.

De paso que busco a la ratita, le preguntaré qué piensa del machismo y el feminismo.

Me abre la puerta Jacinta, la madre de los gemelos. Una señora que debe de tener unos cincuenta años. Es más joven que la abuela Ana, pero mayor que mi madre.

—Pasa, niña, Laura está en su habitación.

—Laura, vengo a preguntarte dos cosas... ¿Puedo?

—Si son cortitas, sí. Es que voy de cabeza, ¿sabes? Tengo exámenes y me juego mucho. No quiero sacar menos de un notable, que es la nota media que tengo hasta ahora.

—Vale, vale. Sólo un segundo. Primera pregunta: ¿habéis encontrado una ratita blanca?

Me mira sorprendida:

—No. Y más vale que no la encuentre mamá: estoy segura de que no le haría ninguna gracia.

«¡Lástima!», pienso. Había confiado en que abriese un cajón y la sacase de dentro. ¡Vaya disparate!

—¿Segunda pregunta? —dice ella.

—¿Tú crees que la sociedad es machista?

—No. Ya no. Tal vez lo era cuando mi madre y la tuya eran jóvenes, pero ahora ya no. Nosotras ya hemos llegado a la época de la igualdad entre mujeres y hombres.

—¡Ah! ¿Y qué piensas de las feministas?

—¡Oh! Me parecen un rollo... Siempre hablando de lo mismo, siempre discutiendo sobre los derechos de las mujeres. Si es un discurso pasado de moda, Carlota...

—¡Ah! Pues nada, sólo quería saber eso. Hala, te dejo estudiar.

Subo a casa de Lola y Manuel, y me abre la puerta su hijo de seis años.

—¿Una *datita*? —me pregunta con los ojos muy brillantes y muy abiertos.

—No —dicen Lola y Manuel, que acuden volando para saber a quién diantre le ha abierto la puerta el pequeñajo de la casa—. No hemos encontrado ninguna ratita.

Entonces, le enchufa a Lola mi pregunta. Manuel se va, llevándose al niño.

—¿Que si creo en el feminismo?! Claro que creo, Carlotta. ¿Acaso no sabes que yo soy una militante de toda la vida? Igualdad, igualdad, igualdad. Tenemos que conseguir la igualdad en todas las esferas de poder, si es necesario aplicando la discriminación positiva,* o sea, favoreciendo a las mujeres. Además, hemos de ser inflexibles con los hombres: hay que repartir al cincuenta por ciento las tareas de la casa y la educación de los hijos. Y tenemos que adoptar muchas de las características de los hombres, si queremos triunfar en este mundo.

Se detiene porque si no coge aire, se ahoga.

—¡Qué postura tan radical, tan extrema, la de Lola! —exclama la abuela cuando se lo comento—. No estoy de acuerdo al cien por cien con lo que dice. De entrada, Lola está muy resentida con los hombres y parece que en vez de luchar «con» ellos por conseguir un mundo mejor, esté dispuesta a luchar «contra» ellos. De salida, no creo que la solución pase porque las mujeres nos volvamos como los hombres, sino porque incorporemos características tradicionalmente consideradas masculinas (por ejemplo, la capacidad de tomar decisiones) y porque

ellos incorporen las tradicionalmente consideradas femeninas (por ejemplo, la ternura).

18 de diciembre

Hoy en el supermercado, me encuentro a Laura. Casi no me ve. Va a toda prisa, empujando el carrito por los pasillos, entre botes de mermelada y paquetes de arroz. Parece que lleve un cohete en el culo.

—¡Eh, Laura! ¿Y tus estudios y tus exámenes?

—No me hables... Me queda aún una montaña de trabajo...

—Y, entonces, ¿qué haces aquí?

—A mamá le duelen las rodillas y no puede venir a comprar.

—¿No podía venir Toni?

—No... él... no tiene práctica. Además, mamá ha dicho que su deber era estudiar, que tiene que sacarse la carrera este mes de junio, que...

—¿Y tú no? Me parece una injusticia.

—Sí. Ahora que lo dices, veo que lo es.

—A mí me parece una discriminación.

Por la noche, al llegar a casa escribo: a veces, ni siquiera las mujeres se dan cuenta de la discriminación que sufren. Después, la abuela me explica que, a eso, se le llama alienación.*

—Quiero decir —me aclara la abuela— que Laura, por influencias de su familia, ha acabado por confundirse con el paisaje general, ¡y ni se entera!

Me explica que es frecuente que, habiendo sido educadas según determinados valores, las personas no perciban las discriminaciones de que son objeto.

—Por ejemplo —dice—, nuestra sociedad es patriarcal.

—¿Patriarqué?

—Patriarcal, es decir, una sociedad en la que lo masculino se considera superior a lo femenino; se considera a los hombres más capaces que a las mujeres...

—¿Todavía hay quien piensa así?

—Pues claro. De no ser así, los puestos de responsabilidad no estarían ocupados sistemáticamente por hombres. Piensa, por ejemplo, que el noventa por ciento de los alcaldes en España son hombres o que de cien premios Nobel otorgados en literatura sólo ocho han sido para mujeres...

—Se diría que la sociedad ha venido aplicando siempre sistemáticamente la discriminación positiva hacia los hombres, ¿no?

La abuela se ríe.

—Efectivamente, y ésa es la razón por la que hay que establecer ahora por ley una discriminación positiva hacia las mujeres. De no ser así, no conseguiríamos cambiar la tendencia que ha favorecido siempre a los hombres y no equilibraríamos nunca la balanza.

—Comprendo.

—Sigamos con el patriarcado.* En la sociedad patriarcal, en la familia patriarcal, los hombres mandan y las mujeres obedecen. Son muchas las mujeres que, educadas en este esquema, no son siquiera conscientes de ello. Son las que aceptan determinadas situaciones sin ponerlas en cuestión, considerándolas normales.

—Como ha hecho Laura al ir a la compra para que su hermano pudiera seguir estudiando.

—Exactamente. Otras mujeres, en cambio, creen haber superado los límites del patriarcado porque han llegado a

posiciones relevantes y, sin embargo, siguen en una posición de dependencia de los hombres porque se limitan a copiar el modelo masculino; es otra forma de alienación.

19 de diciembre

¡Último día de colegio antes de las vacaciones de Navidad! ¡Qué bien!

Mireya y yo nos miramos. Por una parte estamos contentas con los días festivos que tenemos por delante; por otra, tristes al pensar que no vamos a vernos ni a hablar-nos durante casi tres semanas.

—Si tuvieras un móvil... —me lamento.

—Ya sabes: mamá dice que ni hablar —me contesta, aún rebotada con su madre—. Aparte de que en la estación de esquí tampoco hay cobertura. Y, además, no protestes, que tú tampoco tienes móvil.

—¡Ay! —suspiro—. Confío en los regalos de reyes...

Nadie tiene ganas de dar clase. Hemos terminado los exámenes y sólo nos apetece charlar, reír, armar jaleo... Menos mal que Ramos, el profesor de ciencias, ya lo tenía previsto y se pasa la clase leyéndonos distintos textos y algunas noticias del periódico y, luego, nos pide que los comentemos.

—¡Eh, chicos! Fijaos en esta noticia.

Y lee:

«Se ha podido demostrar que los monos jóvenes que dedican mucho rato a jugar tienen el sistema inmunológico en mejores condiciones y, por tanto, se ponen menos enfermos que aquellos que no juegan. Los científicos piensan que, seguramente, en el caso de los niños pasa lo mismo».

—¿Qué os pasa a vosotras?

—Nada —contesta Mireya, mirándolo como si el chiflado fuese él.

—¿Y por qué no os levantáis, si puede saberse?

—¡Porque has dicho «chicos»! —gritamos a la vez sin necesidad de ponernos de acuerdo.

—Pero esta vez me refería a los chicos y a las chicas.

Qué lío, ¿verdad?, que el masculino plural unas veces quiera decir ellos, y otras, ellos y ellas. Tengo que comentárselo a la abuela.

20 de diciembre

Hoy, sábado, Marcos se va con mamá y papá al mercado de Navidad.

—¿De verdad no quieres venir con nosotros? —pregunta mamá, aún con la boca abierta, porque es el primer año que no voy con ellos a curiosear o a comprar bolas de cristal para sustituir las que se rompieron cuando adornamos el árbol.

—No, no. Tengo que ir a discutir con la abuela una cuestión muy importante.

Cuando están subiendo los tres al coche, Marcos me hace burla:

—¡Me alegro de que no vengas, atún podrido! ¡Seguro que me compran lo que pensaban comprarme y, además, lo que tenían previsto para ti!

—¡Pues que te aproveche, enano!

Llego a casa de la abuela, que no está sola. Está con Pepe, un amigo muy, muy amigo.

Le explico a la abuela lo complicado que es saber si «chicos» se refiere a ellos o a ellos y ellas.

—Exacto —responde la abuela—. El problema es que nuestra lengua no tiene una palabra que se refiera al «colectivo chicos y chicas», como tiene, por ejemplo, el inglés: *children*.

—¡Eso es! Una palabra que sirva para el femenino y el masculino a la vez, y que sea diferente del masculino solo. ¿En español no tenemos ese tipo de palabras?

—Algunas sí. Por ejemplo, podemos hablar de «criaturas» en lugar de hablar de «niños y niñas». O decir «jóvenes» por «chicos y chicas», «el alumnado» por «los alumnos y las alumnas», pero es cierto que en español a menudo no contamos con fórmulas de este tipo y, entonces, no nos queda más remedio que utilizar el masculino y el femenino. Nos vemos en la obligación de decir, por ejemplo, «la autora y el autor de este libro».

Pepe, que hasta el momento ha escuchado los argumentos de la abuela sin abrir boca, interviene:

—Mujer, no exageres. La tradición es la tradición...

—Mira, Pepe, si éste fuera un argumento que tener en cuenta, la esclavitud, una tradición durante siglos, no habría sido abolida. Si tuviéramos en cuenta la costumbre, tal vez seguiríamos aún con jornadas laborales de setenta horas semanales como en el siglo XIX. ¿No crees?

—Sí, desde luego —dice Pepe, pensativo. Después, vuelve a dispararse—: Pero tú sabes que hay lingüistas que no están de acuerdo con el uso del masculino y del femenino porque va en contra de la economía del lenguaje.

La abuela se levanta del sofá de sopetón, como si se fuera a lanzar directamente a la yugular de Pepe.

—¿Y qué es más importante: la economía del lenguaje o la precisión del lenguaje? —refunfuña, mientras busca

un periódico en el revistero. Parece que lo ha encontrado. Se vuelve hacia nosotros y dice—: Estos lingüistas deben de tener en la cabeza las leyes del mercado, que, por lo que se ve, resulta lo único que importa en el mundo actual, ¿verdad?

Se pone las gafas y pasa las páginas del periódico. De súbito, se detiene:

—Escucha —dice—. Te leeré una noticia, para que veas adónde llevan las medidas liberales que buscan constantemente la rentabilidad. Y lee:

«La red ferroviaria de Reino Unido se encuentra al borde del colapso. Ayer, por ejemplo, en menos de seis horas, se produjeron tres nuevos accidentes. La semana pasada, dos expresos descarrilaron».

—¿Y? —pregunta Pepe, que, como yo, no ve ninguna relación entre la noticia y lo que discutíamos.

—Pues está clarísimo. El criterio «economía» no tiene por qué ser un buen criterio.

—Ya veo por dónde vas —dice Pepe—. Criterio económico y dignidad,* a veces, están reñidos.

—Claro, éste es el resultado de las medidas liberales impulsadas por la Thatcher.* En nombre de criterios económicos y de rentabilidad, se privatizan las empresas públicas, que precisamente eran públicas porque no necesariamente eran rentables para el capital privado. Entonces, para aumentar la rentabilidad, la primera medida que se aplica es reducir el gasto, lo que se traduce en un menor mantenimiento de las vías o de las locomotoras o en una reducción de la plantilla de trabajadores, en una sobrecarga de trabajo para la plantilla restante... todo lo cual disminuye la seguridad de los usuarios, es decir,

que el precio de la privatización lo paga la ciudadanía. Y, así, la buena marcha económica de unas cuantas personas se apoya en la seguridad de las demás. Total: no parece un criterio perfecto, el de la economía, ¿sabes? Por lo menos, no lo suficientemente perfecto como para aplicarlo a rajatabla.

Pepe se la queda mirando con una expresión nueva en los ojos:

—Tienes razón. Nunca lo había visto de esta forma.

—Pues ahora, fíjate en esto. —La abuela va hacia la librería y coge un volumen—. Es un libro de psicología sobre problemas de la personalidad. Abre por el capítulo que quieras, por ejemplo, el del narcisismo. Empiezas la lectura del texto, que te va explicando cómo es «el» narcisista. Y tú sobrentiendes que el artículo «el» engloba el masculino y el femenino...

Pepe asiente con la cabeza.

La abuela continúa:

—...hasta que, de pronto, llegas a un párrafo que empieza diciendo: «La mujer narcisista...».

—¡Caray!, entonces lo leído hasta el momento, ¿se refería sólo a los hombres?

—Como tú, yo tampoco lo sé. Lo que sí sé es que, a menudo, leyendo libros de ciencias sociales, como mujer no sé cuándo tengo que sentirme incluida en los masculinos plurales y cuándo no.

21 de diciembre

Seguimos sin encontrar a *Plaf*. Decidimos buscarla en la calle. Aprovechando que papá nos envía a la carnicería a recoger un paquete, bajo a toda pastilla, no solamente

para ocuparme de la ratita, sino también de la encuesta violeta.

—¿La última? —pregunto.

Una de las tres mujeres de dentro de la tienda me dice que es ella.

Mientras la carnicera sirve a las dos primeras, entra otra mujer y dos minutos después, un hombre. La mujer pide tanda. El hombre, no.

Ahora le toca a la mujer que va delante de mí, pero la carnicera se la salta. Me salta también a mí y a la mujer que ha entrado detrás de mí para poder atender al hombre.

—Seguro que tiene más prisa que vosotras —justifica—. Los hombres, ya se sabe...

Indignada, me quedo mirando a las mujeres, que no protestan. Ponen cara de resignación. Como si por narices tuviera que ser así. Como si por narices el tiempo de los hombres fuese más importante que el tiempo de las mujeres. Le tengo que preguntar a la abuela por qué. Decido que no hace falta pedir a la carnicera qué opina del feminismo y del machismo. Seguramente no ha oído hablar del tema, ¿no te parece?

22 de diciembre

Marcos y yo estamos hechos polvo: se nos han acabado los sitios donde buscar a *Plaf*.

—Tal vez se lo ha comido un gato.

—¡Animal! —me enfado.

Lo dejo por inútil y me voy a preguntarle a mamá si cree que papá es machista. Ya sé que ella no lo es.

Espero unos minutos porque está enganchada al teléfono, hablando con la tía Mercedes, que, por lo que puedo

deducir, le explica cómo va su embarazo. Finalmente, cuelga el aparato.

—No, no. Tu padre no es nada machista. ¿No ves que siempre colabora en las tareas de la casa?

Tiene razón.

—Además, ¿has observado que haga diferencias entre el trato que te da a ti y el que da a Marcos?

—No.

Si ella lo dice, tendré que creerla, pero la miro con suspicacia, porque, después de lo que observo a mi alrededor, ya no estoy segura de nada.

Por si acaso, me pongo las gafas violeta y espero a que mi padre llegue.

—Papá, ¿tú qué piensas del feminismo?

Me echa un discurso sobre la importancia que este movimiento tuvo en el pasado para conseguir la igualdad entre los dos sexos.

Me quedo muy satisfecha al comprobar que tengo un padre tan concienciado. Continúo, sin embargo, con las gafas violeta puestas, por lo que pueda pasar.

Y he aquí las situaciones que se producen a la hora de la cena.

La primera: Marcos mete el cucharón dentro de la sopera y remueve la sopa como un poseso, mientras observa el líquido con atención.

—¿Se puede saber qué haces, Marcos?

—Busco al ratoncito.

—¿Dentro de la sopa?! —grita mamá, horrorizada.

—No nos quedan muchos más sitios donde buscarlo —responde Marcos, muy seriamente—. Pero no te preocupes, mamá, en la sopera no está.